



“Pandemia”, una lista de Spotify

Por Rocío Rodríguez, Licenciada en Antropología por la Universidad Nacional de Córdoba. Becaria Doctoral en Instituto de Humanidades-CONICET.

Día 14 de mi calendario personal de cuarentena. El mensaje detrás del sonido que hace el celular al vibrar contra la mesa de luz es el convite para escribir algo sobre lo que se oye en esta pandemia. Me quedo pensando: la especificidad para la que se me convoca se relaciona con mi trayectoria en los avatares de la investigación.

Primero me digo: “que difícil será decir algo de todo esto”.

Minutos antes había visto el pdf titulado “Sopa de Wuhan”. Pienso todas las y los intelectuales del primer mundo, apresurados para decir algo. Y vuelvo a pensar: “que difícil decir algo sobre el sonido cuando a priori todo parece más silencioso que de costumbre”. El silencio de la calle, el silencio del interior de manzana. “Tal vez la pandemia era una oportunidad para escuchar, más que para decir”, me contesto.

Hace un tiempo que intento dejar de creer que puedo escapar a las contradicciones.

Acepto el convite.

Voy a decir algo sobre lo que puedo escuchar.

Cuando, entre el 2015 y el 2018 indagué la participación de mujeres en las noches de música electrónica, un interrogante atravesó transversalmente toda la experiencia de investigación. Se articulaba como preguntas sobre los modos en los que el sonido —en forma de música a veces, en forma de ruido otras— se ensamblaba con otras dimensiones de lo social.





Más especialmente, en ese momento me interesaba decir algo sobre cómo, a través de los sonidos, nos hacíamos quienes creíamos, decíamos, queríamos ser. Hoy, en este contexto, vuelvo a esas preguntas para rearmarlas. ¿Cuáles son los sonidos que nos hacen en esta pandemia? ¿Qué puedo decir sobre lo que escucho desde los confines de este “distanciamiento” social?

En el monoambiente donde paso la cuarentena, junto a Marilina (humana), Valkiria (gata) y Kasumi (gata), el calendario de tachar los días de aislamiento social preventivo y obligatorio llevaba dos días más que el de la mayoría de nuestros compatriotas humanos. Para las gatas, en cambio, esto se presenta como un acercamiento social sin precedentes (humanas rondando las 24hs por su territorio supongo que se les presenta como una novedad).

El 19 de marzo fue el día iniciático de esta convivencia inaugurada inmediatamente después de aterrizar en uno de los últimos vuelos provenientes de la República Federativa de Brasil. El conductor de Uber que nos llevó al aeropuerto, en nuestro último recorrido por las calles de la ciudad de Fortaleza (estado de Ceará, BR), se mostró conversador. En un portugués lento y modulado para hacerse entender, nos preguntó de dónde éramos, cómo era Córdoba, qué música nos gustaba. Nos preguntó también si nos había gustado el *farró*. “¿El qué?”. El *farró*, música típica del nordeste brasileiro, nos explicó nuestro temporal chofer.

Entendimos que, durante nuestra corta estadía, habíamos podido escuchar: la constancia del mar, el desencadenamiento sin pausa de un idioma que no era el propio y el ritmo de algo que se llamaba *farró* y que salía de los carros de comidas y bebidas ubicados uno al lado de otro en la costanera Bella Mar.





Forró, distinto a la *samba*, al *funk carioca*, a la *bossa*, típicas de Rio de Janeiro y Sao Paulo, continuó explicando el conductor de Uber a través del barbijo. No lo pudimos decir porque su conversación sin pausa nos mantenía cautivas, pero el *forró* nos había gustado mucho.

Una vez en Córdoba, los sonidos serían otros.

En el aeropuerto de Córdoba, mis xadres esperaban en dos autos. Uno de los autos, en el cual partiríamos a nuestra reclusión, estaba cargado con comida, lavandina y una hoja A4 con un mensaje escrito a mano: "No hay nada mejor que casa". El trazo era, claramente, materno. Las palabras eran, claramente, las que nos dan las canciones para hacer decibles algunas cosas.

Aliviada, de haber podido volver de mis primeras vacaciones tan lejos de casa. Volver a casa, de todas maneras, fue volver a otro lugar.

Desde el pequeño patio de nuestra cuarentena en corazón de manzana podemos ver el edificio casi deshabitado. Nuestra sospecha: quienes habitan normalmente esos departamentos, la mayoría estudiantes, se habrían retirado a pasar la cuarentena a casa de sus xadres.

La calma de ese silencio se corta sólo por la tarde, cuando los vecinos del 7mo, dos muchachos de entre 24 y 28 años, demuestran a gritos estar en un *reviva*/de Counter-Strike (1999). El mismo juego había mantenido a muchos niños de nuestra generación (y a algunas niñas también), hipnotizados en maratones adentro de los oscuros locales comerciales donde se alquilaba tiempo para usar computadoras. Los cibernets, me pregunto si todavía quedan algunos. Me contesto que seguramente sí, pero no los conozco y eso es una marca de clase.

Ahora muchxs tenemos computadoras lo suficientemente buenas para jugar al Counter en nuestras casas. Así, las puteadas que antes permanecían contenidas





en las cuatro paredes de algún ciber, ahora se diseminan por el aire hasta donde se los permite la potencia con la que son enunciadas.

Los del 7mo no son los únicos que interpretaban su rol de *terroristas* o *antiterroristas* en la interfaz del Counter. Algunas amigas se quejan en los mensajes de textos de sus novios “alienados” por el juego, en redes sociales hay chistes al respecto. Pienso en las puteadas que recorren los corazones de otras manzanas.

A pesar de los esporádicos gritos, nuestra cuadra parece bastante silenciosa, especialmente si la comparamos con lo que muestran algunos videos virales, que capturan escenas donde algún vecino con un poderoso equipo de sonido instala su consola en un balcón y desparrama por el aire sus elecciones musicales.

Los sonidos, tal vez como los olores, tiene la capacidad de atravesar los rincones más estrechos. Filtrarse a través de las hendidias de una puerta cerrada. Hacer desde lejos retumbar los vidrios, retumbar los cuerpos. Movilizar los enojos más profundos y hacer brotar la euforia más excitante. La misma canción, por igual: odios y amores.

En la calma de la cuadra, a lo lejos, logramos escuchar que suena una cumbia. Prestamos atención y descubrimos que era “Tusa”, el tema del verano, pero su reversión hecha por el cantante de cumbia El Dipy con el nombre “Partusa”. La práctica de reversionar canciones del mainstream, adaptándolas a un géneroailable, también era usual en el *farró*. Usando las herramientas que nuestros tiempos nos dan, a solo clics de distancia pude enlazar Tusa de Karol G, con la “Tusa” remixada “*versao farró*” y la Tusa cumbiera “Partusa” de El Dipy.





Día 17 de mi calendario personal de cuarentena. La calma reinante se disipa ni bien prendemos el televisor. *“La dramática situación de los 2000 argentinos varados en Río”* vocifera la conductora de un noticiero vespertino. Me alivia de nuevo saberme en casa, tener una casa.

Tener una casa para alojar la angustia de la pandemia y musicalizarla con las terribles canciones setentistas que puse en la playlist sobre el 24 de Marzo. Tener una casa para poder abandonar la angustia y habitar otros estados de la mano de la playlist que hizo mi amigo Santi y tituló *“La libertad es un sueño eterno. CUARENTENA”*. Empieza a sonar *“I’m coming out”*, una clásica pieza disco de Diana Ross. La angustia queda entre paréntesis. Una gran habilidad de la música.

En Spotify, muchos desconocidos crearon listas de reproducción que titularon con nombres relativos a este momento. *“COVID-19 chilling and dreaming”*, *“Cuarentanga”*, *“Cuarentena perreando”*, *“Coronavirus Party”*.

Muchxs investigadores sociales de la música vienen analizando este fenómeno: ahora, cada uno, arma su propio “menú” musical. Escuchar música es como comer. Spotify como un supermercado.

El *Forró* logró ser, al mismo tiempo, un sonido del mar y un sonido del encierro. La polisemia, otra gran cualidad.

Mientras me dispongo a darle un cierre a este escrito, vuelvo al supermercado musical. Selecciono la opción para buscar por “géneros musicales”. Lo busco.





Me gustaría conocer más sobre esas músicas, quizás también saber cómo se bailan. El *farró*, sonido que se bailaban en todas las fiestas populares “nordestinas”, se había vuelto ahora uno de los sonidos de mi pandemia personal.

Me causa gracia imaginar que lxs músicxs que estoy escuchando nunca se imaginarían que sus canciones son el sonido de pandemia de alguien. Me intriga y divierte tratar de adivinar. ¿En qué otras músicas quedarán enlazadas las memorias de estos días? ¿Hasta dónde las llevaremos? ¿Las bailaremos?

